

Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 38 (2011)
Heft: 3

Artikel: Centenario de Max Frisch : el fuera de lugar
Autor: Schütt, Julian
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-908735>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 18.03.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

El fuera de lugar

Para Max Frisch, que en mayo de este año habría cumplido 100 años, parte de la sensación de estar vivo es sentirse siempre algo extraño. Cuanto más provisionales eran sus residencias más en casa se sentía como escritor. Para él, el concepto de patria no estaba asociado a un país determinado.

Por Julian Schütt



Max Frisch en Roma, 1965

Ya antes de que Max Frisch hiciera su primer viaje al extranjero, que le condujo en 1933 al sureste de Europa cuando contaba 21 años, sentía que volver a casa era un problema. En un artículo de fondo para un periódico describe una marcha por una elevada meseta en la que, al volver al valle y a la civilización se sobresalta: es como si el tiempo se hubiera detenido. Pasa por un refugio de montaña deshabitado, cruza según sigue descendiendo, prados alpinos que parecen extintos, exactamente como la primera localidad a la que finalmente llega. Andando por la calle del pueblo tiene la sensación de pasar por una hilera de tumbas. Ni rastro de seres humanos ni animales, sólo un absoluto abandono.

Aquí Frisch menciona por primera vez el cuento de Rip van Winkle, que tras su sueño encantado regresa tan tarde que no encuentra a ningún otro ser humano. Esta figura ancestral del fuera de lugar impregna obstinadamente las obras completas de Frisch. Relata de reiteradamente las experiencias de Rip-van-Winkle, en las que el narrador se pregunta por qué anda de repente por las calles «como si estuviera en un lugar extraño, como si todavía no comprendiera vuestra lengua». Mantenerse despierto significa para Rip van Winkle y para Max Frisch, sentirse ajeno.

Suiza como ratonera

La biografía y la obra de Frisch están impregnadas de un constante deseo de empezar siempre de nuevo, de desechar la vida de antes, desollarse, ser un yo desconocido. En lugares desconocidos se siente un ser vivo, del mismo modo que sólo puede describir a sus compatriotas con la necesaria claridad e inexorabilidad una vez pasada la época de Hitler y el atrincheramiento de Suiza vinculado a la misma, cuando puede volver a viajar. Para él, para sentirse vivo es indefectible sentirse extraño.

Frisch sufrió por el hecho de no poder viajar al extranjero durante diez años, desde 1936. La situación de Suiza durante la Segunda Guerra Mundial la parafrasea diciendo que no la ve «como un palco, sino como una ratonera». Para él, el país era un amenazado «vacío entre la guerra y la paz», y conforme a los conocimientos históricos de que disponemos actualmente, una fuga no casualmente olvidada, importante para las potencias del Eje, entre las cuales se encontraba aprisionada Suiza y con las cuales transigió fatalmente a nivel económico y en la política de refugiados.

Distancia frente a lo sucedido en la guerra

No verse involucrado en ningún acto bélico pero estar aislado como país no expuesto

tuvo sus consecuencias: Se produjo un estrechamiento finalmente contraproducente para la cultura. El «penoso carácter familiar» (Frisch) de los círculos literarios dentro del país, en donde todos se habían visto ya en zapatillas y gorro de dormir» —esta falta de distancia miento— favoreció a largo plazo el desarrollo de una terrible apatía. La mayoría de los pertenecientes a los círculos culturales dejaron la política en manos de los políticos que gobernaban el país para concentrarse y profundizar en temas, supuestamente, más trascendentales. Así se impuso un discurso próximo al Gobierno y favorable al ejército, casi sin presión estatal. Si era necesario, la censura ayudaba al Gobierno suizo, que disponía de amplios poderes de largo alcance, a disciplinar a las voces renitentes.

La estricta disciplina de los soldados, denominada «servicio activo», convertía en pasivo al más atento de los observadores, narcotizaba los sensores de la percepción. Si no era el miedo a verse uno mismo involucrado en la guerra, se reaccionaba pese a o por los numerosos ejercicios y simulaciones de casos de emergencia cada vez con una mayor indiferencia a las catástrofes de otros países. Frisch escribió: «Las noticias empiezan a ser aburridas, consisten en una enumeración de ciudades, a mediodía, por la noche. Uno ya no mira el mapa. Suenan como un comentario deportivo, algo tan poco sangriento. No hay gritos, no hay hedor ni entumecimiento, no hay respiraciones entrecortadas, no se quema nada». Aquí hay que hablar de una insensibilización contra la realidad de la guerra. Sólo en «La cartilla militar» (1974) Frisch se pregunta más meticulosamente qué se sabía en realidad de la época del nacionalsocialismo, de los ataques de Hitler, del exterminio de los judíos. ¿Pesaba más el vacío? No, afirma, lo que sobre todo permanece es el recuerdo «de cómo el uniforme nos roba la conciencia, sin que nadie lo asuma como conciencia».

Implicación con Alemania

Durante y tras la Guerra, escribir tenía en todas partes sus límites, sencillamente no bastaba. ¿Cómo expresar lo inconcebible, lo privado de toda «relación experimentable»? Sólo quedaba un camino viable; en la literatura se debería ser consciente de las propias limitaciones. Max Frisch llegó a esta conclusión antes que muchos otros autores. Tras 1945 se dedicó con tal ahínco a la Alemania ocupada, que empezó a llamar la atención. En Alemania se enfrentaba con sus textos a

un clima totalmente distinto al de Suiza. Mientras los suizos apenas se sentían aludidos, los alemanes podían reaccionar de forma extraordinariamente susceptible y viceversa. Escribir en y para ambos espacios culturales resultó ser una empresa arriesgada. La mayoría de sus colegas no se exponían voluntariamente a los amenazantes malentendidos tanto en uno como en otro país. Uno tiene que ser capaz, escribió Frisch, de «mostrar la realidad de nuestro tiempo». Y esta capacidad consistía en reflejar diversas realidades mientras siguieran siendo objetos «ardientes» y, conservando su diversidad y sincronización, situarlas en una constelación adecuada al menos para el mismo momento en el que se desarrollaban. Este era el núcleo del programa de Frisch tras la guerra.

Observado y fichado

Pero no solamente viajó a Alemania, sino asimismo a los países destruidos por los alemanes, como Polonia, para tener impresiones lo más precisas posible de esta Europa transformada. Lo que se le recriminó especialmente en Suiza fueron sus viajes a los países tras el Telón de Acero. Los protectores del Estado empezaron a observarle y ficharle. El *Neue Zürcher Zeitung*, durante mucho tiempo afín a sus ideas, se distanció de Frisch y le calificó públicamente de adepto y simpatizante de los nazis, de traidor nacional. A partir de entonces, Frisch ya no consideró la política como algo independiente de la cultura. Al contrario, para él la política era parte de la cultura, y la cultura formaba asimismo parte de la política. Desde entonces designaba su posición como la de opositor a las dictaduras de cualquier tipo de «socialismo humanístico». Fue el primer autor de lengua alemana que tematizó en su obra teatral «La muralla china» (1946) la era nuclear y sus peligros.

NUEVAS PUBLICACIONES

Con motivo de su centenario se han publicado en alemán, además de la biografía del autor Julian Schütt, numerosas obras sobre Frisch.

Beatrice von Matt: «Mein Name ist Frisch», en alemán, encuentros con el autor y su obra. Editorial Nagel & Kimche, Zürich, 156 páginas, Fr. 23,90

Daniel de Vin (Edit.): «Max Frisch – Citoyen und Poet», en

alemán, editorial Wallstein, Göttingen, 128 páginas.

Fr. 30,50

Volker Hage: «Max Frisch – Sein Leben in Bildern und Texten», en alemán, editorial Suhrkamp, Berlín, 257 páginas, Fr. 37,90

«Nicht weise werden, zornig bleiben», en alemán, retrato con fotos originales (Edit. Ingo Schulz), editorial de audiobros Hörverlag, 2 CD, Fr. 35,20

Europa y EE.UU.

En 1951, gracias a una beca de la Fundación Rockefeller, pasó un año en Estados Unidos, donde vivió durante varios meses sobre todo en Nueva York y en San Francisco. Cuando volvió a Europa, le irritaba la arrogancia de artistas, arquitectos e intelectuales a la hora de juzgar a EE.UU. La conferencia «Nuestra arrogancia respecto a América» fue la respuesta a las voces que se extrañaban de que Frisch hubiera aguantado voluntariamente más de un año en EE.UU. Por eso, esperaban un jugoso arreglo de cuentas tras su regreso, para el cual él no veía ninguna razón. La arrogancia se refería especialmente a los aspectos culturales. Frisch observó que, si bien en EE.UU. faltaba una clase media culta, había por el contrario una refrescante despreocupación e ingenuidad. Allí uno no se camuflaba tras conocimientos ajenos de historia del arte. El número de hijos americanos sencillamente hartos de ser tratados intelectualmente de forma muy paternalista por el viejo «papá» Europa, al que tienen que alimentar, es gigantesco, escribió Frisch, lo que no constituye una ventaja para nadie. Ya en aquella conferencia de 1953 se declaró partidario de una globalización cultural y añadió que la Tierra empezaba a ser redonda, también en lo referente a las vivencias, no sólo en los conocimientos de la gente. Y prosiguió diciendo que el tipo de persona global nace sobre todo en América, y que el hecho de que este tipo se niegue a considerar Europa como el centro del mundo intelectual era absolutamente normal. Posteriormente, Frisch alquiló un piso en Manhattan.

...muy rápidamente un emigrante

Fijó su residencia en el extranjero; también vivió mucho tiempo en Roma y en Berlín, ¿para poder escribir? Con toda seguridad las eligió para poder vivir. Ya en la primera mi-

tad de su «Diario de 1946 a 1949» puede leerse la frase: «... De alguna manera, uno siempre es extranjero», en particular cuando uno describe lo que no ha experimentado personalmente. Y en los párrafos finales vuelve a encontrarse la frase, esta vez radicalizada: «... uno se convierte muy rápidamente en un emigrante».

En el discurso pronunciado con ocasión de la concesión del premio Büchner en 1958 habla ampliamente de esta «sensación de estar fuera de lugar» y dice que, naturalmente, es discutible si la evaluación positiva del lugar al que se emigra no deja demasiado en un segundo plano el carácter forzado de cada exilio. Interesantes son los resultados literarios, el modo en el que Max Frisch presenta la alienación del hombre en la sociedad de posguerra: en su «Diario de 1946 a 1949», en «El conde Öderland» (1950/51) y en «Stiller» (1954), en «Homo faber» (1957) y en «Andorra» (1961). El primer diario termina con el boceto de «Schinz», que trata de un abogado así llamado. «Schint's» («así como parece») es una expresión dialectal suiza muy común con la que se confirma que uno ha oído también un rumor. Parece haberse corrido la voz de que le pasa algo a Schinz, al menos él se siente arrinconado. Y es él mismo quien de pronto comprende que: «uno se convierte muy rápidamente en un emigrante».

Apenas leyó «Schinz», el editor de Frisch, Peter Suhrkamp, tuvo claro que se trataba del boceto de una obra más importante. Efectivamente, Schinz es un precursor de Stiller, el «emigrante en su propia tierra». Ambos llaman la atención de las autoridades, se sospecha que están en contacto con individuos subversivos. Suhrkamp reconoció también en esta obra mucho de Frisch: «Tengo la impresión de que usted atraviesa una crisis personal, pero este es probablemente el requisito sine qua non para ser productivo», le escribió a Frisch.

La guerra fría se cobró emigrantes propios. Uno de ellos fue Frisch. Fue un proceso muy rápido, o como lo describe en «Schinz»: «Uno ve las cosas de otro modo a cómo las enseñan los demás; uno no tiene la culpa de que los periódicos escriban lo contrario ...» La verdad es, con toda seguridad, que para poder escribir, Max Frisch necesitaba la sensación de ser emigrante.

JULIAN SCHÜTT, nacido en 1964, es autor y periodista y vive y trabaja en Zürich. Esta primavera se publicó su libro «Max Frisch – Biographie eines Aufstiegs» (Biografía de un ascenso), en alemán, (Editorial Suhrkamp, Berlín).